

Y sin embargo el malhechor resuelto  
 Fué por los rojos protegido, absuelto ;  
 Que todo criminal entre los rojos  
 Es contemplado con amigos ojos  
 De la virtud y del saber tiranos,  
 En la maldad y en el delito hermanos.  
 Quien cometa una muerte ó un despojo  
 Ése es un héroe en el partido rojo,  
 Y tiene pasaporte  
 Para matar, robar cuanto le importe.  
 Tales son ¡ infeliz Nueva-Granada !  
 Los entes que dirigen tu destino :  
 Hombres sin fe, sin probidad, sin tino,  
 Que han de arrojarte al fin desesperada  
 Al insondable aterrador abismo  
 Que llaman Despotismo. . . .

¡ Oh ! más bien se padece y se tolera  
 La muerte pronta que nos dá la fiera  
 Que el picar fastidioso é imperfecto  
 Con que hiere á su víctima el insecto ;  
 Es menos duro dar nuestra garganta  
 Á un noble César, que tener por dueños  
 Á estos entes crueles y pequeños  
 ¡ Ah ! cuya misma pequeñez espanta,—  
 Cuya alma vil la ocupa, la domina  
 Un ternero—una oveja—una gallina—  
 Que al ver á un campesino con un queso,  
 Ya la envidia los mata,  
 Y la cuestión se trata  
 Como la paz de Europa en un Congreso.

Oh ! yo perdono al tigre sanguinario !  
 Oh ! yo perdono al monstruo de Tiberio !  
 Perdono á Sila, á César y aun á Mario,  
 Esos tiranos del inmenso imperio ;  
 En su crueldad al menos hay grandeza,  
 Ambición en sus almas varoniles ;  
 Mas no perdono á vuestros rojos viles  
 Porque jamás perdono la vileza.  
 Más bien sufro la muerte de Tiberio  
 Que la multa que arranca vuestro alcalde.  
 Matad ! matad más bien—y va de serio—  
 Pero ya que matéis, matad de balde.  
 Y VED ! NO ME ASECHÉIS EN LOS CAMINOS  
 CON OCULTOS Y VILES ASESINOS ;  
 LA BALA QUE DE FRENTE ME SEÑALA  
 MATA TAN BIEN COMO CUALQUIERA BALA.  
 ¿ Porqué asecháis á nadie ?—Ese es insulto,  
 Esa es inmerecida desconfianza ;  
 ¿ No entra el gobierno, pues, en la venganza ?  
 Pues *antes* de matar pedidle indulto,  
 Y después sí, con rostro descubierto,  
 Si alguno va á prenderos, decid : “ No ;  
 Ya el Supremo Gobierno me indultó ;  
 No me podéis prender por *este* muerto.”  
 Así, ya veis, no hay cárcel ni proceso,  
 Y en cuanto á vuestro honor ¿ qué os va con eso ?

Pitt, el bretón famoso,  
 El genio verdadero  
 Que amó á su patria más que al mundo entero ;  
 Pitt, cuya firme y rara inteligencia  
 Desplomar pudo al inmortal coloso

Cuyo poder espanta,  
 Que humilló los imperios con su planta ;  
 Ese Pitt, cuya mente  
 Lo invadió todo con su rayo ardiente,  
 Vió lo pasado, dominó el futuro,  
 Y con brazo seguro  
 Echó el firme cimiento  
 Do posa de Britania el reino vasto  
 Y es de su hombre de Estado el monumento.  
 Y Pitt, que hizo del mundo su juguete,  
 Pitt, el Napoleón del gabinete,  
 En cada inglés veía  
 Un objeto querido, cuya vida  
 Y dicha y propiedad, siempre sagradas,  
 Estaban á la Patria vinculadas.  
 Porque el hombre de Estado es impasible :  
 No conoce la ira ;  
 Para él no hay envidia, no hay venganza ;  
 La grandeza del TODO, ésa es su mira,  
 Ése el objeto y fin de su esperanza.

Mas vosotros estúpidos y viles,  
 Instrumentos serviles  
 De un amo más mezquino todavía,  
 Pretendéis gobernar á un pueblo grande  
 Haciendo que sus órdenes le mande,  
 Escritas entre *múcuras* de chicha  
 Y fétido tasajo,  
 Un ente vil y bajo  
 Que, cuando mucho, á hacer una salchicha  
 Pudo aprender allá en su pulpería.  
 Y entre ajos y cebollas  
 Y fermentadas ollas

Vuestro gallardo y noble pensamiento  
 Con tan buen alimento  
 Los cuartillos les cuenta á los vecinos  
 Como cuenta cartuchos de cominos ;  
 Y en toda su vileza  
 Juzga que cien cuartillos son riqueza,  
 Y os lleva sólo á destruir ufanos  
 Esos cuartillos que llamáis *tiranos*.  
 Oh ! tales son los hombres que á mi Patria  
 Gobiernan ! Mejor fuera que los gatos  
 Nos mandaran, que tales mentecatos.  
 Pero en fin, no hay remedio,  
 Hombres de Estado hay de á real y medio.  
 ¡ Feliz hallazgo ! ¡ rara inteligencia !  
 ¡ Á López gloria ! ¡ á Popayán . . . paciencia !

Para ser albañil, sastre ó herrero,  
 Ó simple carpintero,  
 El honrado artesano  
 Ejercita su mano,  
 Ni se atreve á coger el instrumento  
 De su arte ó de su oficio  
 Mientras no haya probado su talento  
 Con laboriosos años de ejercicio.  
 Un pedazo de acero ó de madera,  
 Un corte vil y mísero de paño  
 Se acata y considera,  
 Ni hay que temer que se le infiera daño.  
 Pero la patria, la nación entera,  
 Sí se entrega sin cuenta al ignorante,  
 Que no sabe siquiera  
 Lo que es el hombre, y sin embargo ostenta  
 Sobre él su autoridad torpe y pedante.

La papa en la cocina sazónada  
 Tiene su garantía ;  
 Mas la Nueva Granada,  
 La hermosa patria mía,  
 Entréganla sin fianza á esos doctores,  
 Eternos charladores  
 Que no saben siquiera ortografía.  
 Cuando una droga nueva  
 Descubre el profesor de medicina,  
 Sus efectos solícito examina,  
 La prueba y la reprobación,  
 Y antes de abandonarla á la farmacia,  
 Tienta en gatos y perros su eficacia.  
 Y ni del gato mísero la vida  
 El profesor descuida,  
 Que el médico prepara, siendo bueno,  
 Allá el veneno, acá el contraveneno.  
 Sin embargo Murillo y sus secuaces  
 Mudan de la nación todas las faces ;  
 Descentralizan rentas en un gato,  
 Y hacen con esta pobre patria mía  
 Lo que el último médico no haría  
 Al probar sus remedios en un gato :  
 ¡ Tan grande es la arrogancia  
 Con que obra imprevisora la ignorancia !

Allá en Britania, tierra de los sabios,  
 Cada partido tiene en su registro  
 Apenas *uno* para ser Ministro ;  
 Y aquel *uno* ha vivido  
 Por luengos años estudiando al hombre,  
 Y canas le han nacido  
 Para adquirir y merecer su nombre.

Pero aquí, patria mía,  
 Se encuentra un Peel en cada pulpería.  
 Para todo es preciso que la gente  
 Aprenda entre nosotros,  
 Aun para torrear y amansar potros,  
 Menos para ministro ó presidente.

Aquel de Roma pérfido tirano  
 Cuya maldad nos trasmitió la fama,  
 Al ver surgir la devorante llama  
 Que en Roma abrasa el porvenir romano,  
 Canta, y al són de su discordé lira  
 El fin de Troya en el de Roma admira.  
 Pero Nerón, Nerón, el asesino,  
 No forjaba ridículos sumarios  
 El perjurio comprando á presidiarios  
 Sin razón, y sin cálculo, y sin tino ;  
 Porque Nerón, tan bajo y vil como era,  
 Había aprendido á asesinar siquiera.  
 Mas vosotros, señores soberanos,  
 Oh ! no servís ni para ser tiranos.  
 Vuestro mísero agente turba el sueño,  
 Grita, miente, chisimea,  
 Siempre vil, siempre tímido y pequeño ;  
 Y aunque el mal le deleita y le recrea,  
 Va, viene, vuelve, zumba, y se está mudo,  
 Molesta sin matar, como el zancudo.  
 Yo no os hago el honor de aborreceros,  
 Porque no gasto mi odio en mantequeros.  
 Vuestra gente de á medio, *vuestra gente*  
 Me huele á chicha y cárcel y aguardiente ;  
 Yo la viera con risa  
 Si no corriese riesgo mi camisa.

Mas qué queréis? La industria estremecida  
 Relucha en vano por salvar la vida,  
 Y agonizante, y sola, y despreciada,  
 Aquí corre, allá vuelve noche y día  
 Sin que halle protección en su agonía. . . .  
 —Yo soy juez, tú ladrón; cuenta conmigo.  
 —Señor, sólo dos reales he robado  
 Á este conservador, que es tu enemigo.  
 —Pues vamos al partir . . . pero al contado!  
 Venga mi real.—Corriente!—Buen provecho!  
 Siga usted ejerciendo su derecho;  
 Yo soy juez del partido dominante;  
 Todo ladrón me paga, y adelante!—  
 ¡Oh escándalo inaudito!  
 El delito que *paga*, no es delito! . . .  
 Pero á vosotros, seres degradados,  
 Entre chicha y cebollas educados,  
 Todo eso qué os importa?  
 Llenad vuestros bolsillos,  
 Daos, pues, prisa, que la vida es corta,  
 Y en la historia no hay foja para pillos.  
 ¡La gloria! ¿Y vos sabéis qué cosa es gloria?  
 ¡La conciencia! ¿Creéis en la conciencia?  
 ¡Oh de la sociedad indigna escoria!  
 Que os hablase de honor fuera demencia!  
 Ni hay orador, ni hay nadie que convenza  
 Á quien ni honor conoce ni vergüenza.  
 Seguid, pues, vuestra marcha; yo entre tanto  
 Me voy á descansar; cese mi canto.

(MISÓFORO, N.º 2, 18 de Julio de 1850.)

## ESTOY EN LA CÁRCEL

EN la cárcel estoy. Dios de mis padres!  
 Desde este calabozo te bendigo.  
 Ellos me dañan, luego soy tu amigo.  
 Vuelve, oh Señor, tu vista á mi prisión! . . .  
 Ah! pero no estoy solo; cerca escucho  
 Ese grito maniático, irritado,  
 Que el crimen lanza; al crimen asociado  
 Estoy, al *asesino* y al *ladrón*!

Bien! . . . sí, muy bien! acaso Torres, Pombo,  
 También estos lugares habitaron,  
 Y sus oídos castos insultaron  
 Las risas del sarcasmo criminal. . . .  
 Por ventura sufrieron cual yo sufro,  
 Y asaltaba su oído este anatema,  
 Esta voz del delito, voz blasfema,  
 Que cunde por el aire sepulcral. . .

Pero no; me equivoco: no podía  
 Llegar á tanto el orgulloso Ibero:  
 Morillo fué valiente, fué guerrero,  
 No tuvo la vileza del reptil;  
 Morillo arcabuceaba noblemente,  
 Ante el brillante sol del meridiano;  
 Morillo pudo y supo ser *tirano*,  
 Pero no pudo, ni alcanzó á ser *vil*.

¡Oh de las almas vasto lazareto,  
 Do la virtud se ofrece en sacrificio,  
 En las aras sacrílegas del vicio,  
 Abusando del nombre de la ley!